

Epístola a Umberto Eco y su viaje por el laberinto de la rosa

Helen Johana Burgos

Estudiante de octavo semestre de Licenciatura en Educación Básica Primaria, Facultad de Educación, Universidad Mariana, San Juan de Pasto, Nariño, Colombia. Correo electrónico: helenita9508@gmail.com

Gabriela Guerrero

Estudiante de octavo semestre de Licenciatura en Educación Básica Primaria, Facultad de Educación, Universidad Mariana, San Juan de Pasto, Nariño, Colombia. Correo electrónico: gabitaguerrero@gmail.com

Fecha de recepción: 24 de agosto de 2015

Fecha de aceptación: 15 de septiembre de 2015

Como citar este artículo: Burgos, H. y Guerrero, G. (2015). Epístola a Umberto Eco y su viaje por *El laberinto de la rosa*. *Revista Fedumar Pedagogía y Educación*, 2(1), 29-33.

Esperando que la gracia de Dios lo acompañe todos los días, aprovechamos esta carta, para contarle la experiencia que tuvimos al leer su novela *El nombre de la rosa*, una obra histórica y culturalista con la cual, se consagró como narrador en 1980 según el periódico *New York Times*, cabe destacar su admirable valentía al publicar una obra tan distinguida por su contenido crítico literario, que abre las puertas hacia la reflexión, la imaginación, la intriga y las polémicas religiosas representativas en aquella época, considerando que esta historia fue desarrollada en 1327, periodo de la edad media, en la que el conocimiento de Dios predominaba sobre todo.

Desde esta perspectiva, se devela la idea de que el conocimiento solo estaba preservado para los grandes sabios o eruditos de la iglesia, que en su método de enseñanza tradicional se infundía el temor de Dios, sometiendo el pensamiento reflexivo de los discípulos a la doctrina cristiana manipulada desde el libro sagrado, reprimiendo aquellos deseos e ideologías que de cualquier manera posibilitaban el desarrollo y el progreso de la comunidad, en busca de la ciencia, la tecnología y la

investigación, que hasta ese entonces estas corrientes eran consideradas herejías, puesto que todo, se centralizaba en una filosofía teocentrista, que se limitaba en la formación de la parte axiológica más que de la epistemología, convirtiendo estos dogmas la fe y razón en pugna; amonestando todo tipo de lógica con el castigo, tal y como se expresa en su novela *El nombre de la rosa* (1980).

(...) Digamos que les daría miedo, porque, ya sabéis... a veces las órdenes que se imparten a los simples llevan el refuerzo de alguna amenaza, por ejemplo, el presagio de que algo terrible, y de origen sobrenatural, castigaría cualquier desobediencia. Además un monje podría tener otras razones para aventurarse en un sitio prohibido, quiero decir razones. ¿Cómo diría?, razonables, si bien contrarias a la regla. (p. 28).

Con lo anterior, es importante resaltar que la educación se ejercía bajo el poder eclesiástico y del estado, manipulando los hilos económicos, culturales y políticos de dicha época y castigando cualquier tipo de acto o comportamiento que fuera en contra de su sistema; si bien, este tipo de régimen sigue ligado a la autoridad máxima que es el Estado y por ello, la educación Colombiana sigue siendo la fachada de una ventana utópica, pues, si el proceso de formación se diera en la búsqueda del saber y la ciencia, más que en el adiestramiento, se desarrollaría una nueva conciencia social en la que su mayor riqueza sería la libertad de sus almas, porque, la dependencia absoluta de estas organizaciones tiene como único fin, solventar el sistema financiero, con cadenas de destrucción hacia la propia especie humana, y así es mencionando en su obra:

En la península, donde el poder del clero era más evidente que en cualquier otro lugar, y donde el clero ostentaba más poder y más riqueza que en cualquier otro país, habían surgido, durante no menos de dos siglos, movimientos de hombres que abogaban por una vida más pobre, polemizando con los curas corruptos, de quienes se negaban incluso a aceptar los sacramentos, y formando comunidades autónomas, mal vistas tanto por los señores, como por el imperio y por los magistrados de las ciudades. (p. 40).

No obstante, a pesar de todos los movimientos que han surgido desde aquella época hasta la actualidad, aún se puede vislumbrar que todos los estados del mundo sin importar su religión, cultura o creencias, prefieren mantener en secreto los diferentes acontecimientos que han surgido en la tierra y que han sido reveladas a los grandes sabios de la historia, quienes establecieron de alguna u otra forma su legado en manuscritos o pergaminos que nunca se han dado a conocer, pero que existen, siendo ésta la fuente de sabiduría y conocimiento de la verdad,

que ciertamente se ocultan en las bibliotecas y se restringe el acceso de personas ambiguas y sedientas por conocer la verdad, todo esto, con el fin de seguir manteniendo el esquema mental de las individuos, arraigados a las creencias de sus antepasados; encasillando sus mentes a vivir un solo mundo, ese mundo planteado por verdades quimeras que se sustentan bajo la cobertura de deidades temibles, permitiendo la construcción de muros y fortalezas que opacan la luz ecuánime de la verdad, al respecto en su obra se sostiene que:

(..) La biblioteca se construyó según un plano que ha permanecido oculto durante siglos, y que ninguno de los monjes está llamado a conocer. Sólo posee ese secreto el bibliotecario, que lo ha recibido del bibliotecario anterior, y que, a su vez, lo transmitirá a su ayudante, con suficiente antelación como para que la muerte no lo sorprenda y la comunidad no se vea privada de ese saber. Y los labios de ambos están sellados por el juramento de no divulgarlo. Sólo el bibliotecario, además de saber, está autorizado a moverse por el laberinto de los libros, sólo él sabe dónde encontrarlos y dónde guardarlos, sólo él es responsable de su conservación. (p. 31).

Por esta razón, surge la siguiente pregunta, ¿por qué la portada de su novela se relaciona con un laberinto y una rosa en el centro?, ¿acaso es un símbolo que le recuerda el amor o la lujuria que le produjo la bella mujer?; son dudas que se suscitan a partir del texto y la reflexión que se forja en la lectura implícita del mismo; en cierto modo, el placer de la vida se fundamenta en las pasiones, deseos y erotismos considerados pecados, que corresponde por naturaleza humana a los deleites de la carne, sin embargo, son tratados como tabús en todo el mundo y mal interpretados por las culturas que adoptan un tipo de pensamiento liberal; en fin, cada persona crea un tipo de idiosincrasia multifacial, que busca cumplir las reglas, normas y leyes para complacer a los demás, en los diferentes contextos en los que se desenvuelva, reprimiendo y mitigando sus sentimientos libidinosos, pero a la vez siendo impuros en sus pensamientos lujuriosos que tratan de solventar esa curiosidad por conocer el mal, llevando consigo una vida de falsedad al servir a dos dioses y sacrificar su felicidad; en el juicio a los demás, en su obra encontramos que:

(..) Sí, hay lujuria en el dolor, así como existe una lujuria de la adoración e, incluso, una lujuria de la humildad. Si los ángeles rebeldes necesitaron tan poco para transformar su ardor de adoración y humildad en ardor de soberbia y rebeldía, ¿qué habría que decir de un ser humano? Pues bien, ya lo sabes, eso fue lo que descubrí de pronto cuando era inquisidor. Y por eso renuncié a seguir siéndolo. Me faltó coraje para hurgar en las debilidades de los malvados, porque comprendí que son las mismas debilidades de los santos. (p. 50).

Por otra parte, es importante hacer énfasis en la estructura de la Abadía, en la cual, usted se inspiró para escribir esta novela, confrontando de tal manera, la forma, ubicación y aspecto arquitectónico de la biblioteca, con un impresionante aspecto barroco, que cubre su parte inferior con un símbolo de rosa; teniendo en cuenta lo anterior, se hace ineludible conocer en verdadero nombre de este monasterio, llamado Abadía de Melk, que particularmente, es el nombre de uno de los protagonistas más importantes de la novela, refiriéndose a Adso de Melk; por consiguiente, aquel laberinto que llevaba a la biblioteca a fray Guillermo y Adso de Melk, curiosamente representa una rosa, manifestando que en ese entonces, acceder al conocimiento implicaba, dolor y sufrimiento, pues para llegar a la rosa, que en este caso representa la biblioteca, primero se tenía que tocar la parte superficial que la recubría, la cual se encontraba cubierta por espinas, no obstante, el deseo y la tentación por hurgarla, impulsaba a aquellas personas a pasar por una serie de desafíos y retos que de cualquier modo traerían consecuencias, y así se señala en la siguiente cita:

(...) Quienes, durante siglos, han querido y sostenido esta abadía estaban firme y santamente persuadidos de que incluso en los libros que contienen mentiras el lector sagaz puede percibir un pálido resplandor de la sabiduría divina. Por eso, también hay esa clase de obras en la biblioteca. Pero, como comprenderéis, precisamente por eso cualquiera no puede penetrar en ella. (p. 31).

Finalmente, se puede decir que el mundo es como una rosa, tan hermosa y de color rojo, que representa un sin igual aroma de pasión y amor, en él se encuentran los secretos más profundos de la tierra, los cuales, se esconden bajo las protectoras espinas de sus pétalos, su epicentro evoca intriga y seducción por conocer nuevos mundos, que están escritos bajo la inspiración de criaturas guiadas por Dios, aquéllos que han vuelto a nacer de nuevo y han descubierto la grandeza de la creación y sobre el que han posado sus plumas para plasmar la riqueza de sus conocimientos; ahora bien, bajo el rocío de la lluvia debe estar esta rosa, para que sus pétalos no se marchiten ni pierdan su vida, es decir, el mundo necesita cuidado, delicadeza y amor que el ser humano le puede otorgar, y para ello, es necesario que salga del anonimato, para que su majestuosidad brille con luz admirable del saber, lo cual se ratifica de manera implícita cuando se menciona que:

(...) Ahora intento comprenderlo, como si el mundo entero, que, sin duda, es como un libro escrito por el dedo de Dios, donde cada cosa nos habla de la inmensa bondad de su creador, donde cada criatura es como escritura

Epístola a Umberto Eco y su viaje por el laberinto de la rosa
y espejo de la vida y de la muerte, donde la más humilde rosa se vuelve
glosa de nuestro paso por la tierra. (p. 226).

Expresándole nuestro más sincero reconocimiento y entrañable afecto,
dispuestas a recibir su respuesta.

Un fuerte abrazo.

Bibliografía

Eco, U. (1982). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Editorial Lumen.